

Fragmento de:

La invitación
(kím Densalat)

PRELUDIO PIRENAICO

Pirineos

La historia empezó en los Pirineos hace muchos, muchísimos años. Siempre me pregunto por qué la gente mira hacia el Himalaya o los Andes y se olvida de los Pirineos, cuando en realidad el último refugio de las hadas y los brujos está aquí, en estas montañas misteriosas. Más de cuatrocientos kilómetros de cimas que unen el Mediterráneo con el Cantábrico, cincuenta y cinco mil kilómetros cuadrados de bosques y nieves que ocultan secretos y misterios que nadie conoce. Londres, París, Roma, Ámsterdam..., geográficamente tan cerca, espiritualmente tan lejos. ¡Incluso los brujos necesitan la civilización.

Fue aquí donde se urdió la gran conspiración que voy a relatar, el tremendo engaño que contribuyó a cambiar el destino de nuestra civilización. Estas palabras que escribo, y otras que narrarán lo que acontezca en el futuro, no son para que vean la luz en los años venideros. El manuscrito permanecerá guardado y sellado y quizá, sólo quizá, llegue a ser conocido en los próximos siglos.

Palabras escritas al viejo estilo, con papel y tinta, guardadas en tubos de cristal y almacenadas en un gran sepulcro de piedra del viejo castillo de Dragone, en el corazón de las Montañas Malditas, en el corazón de los Pirineos.

No dejaba de ser curioso que en el siglo xxi los lugareños siguieran considerando esas montañas parajes hostiles donde se escondía el reino de Satán. Al fin y al cabo, se trataba de las Montañas Malditas, y viejas leyendas y antiguos relatos atestiguaban que los inmensos bloques de granito que casi acariciaban el cielo no eran precisamente del reino de Dios.

PRELUDIO ROMANO

Roma

Simon Mountfort se detuvo en la plaza de San Pedro y contempló durante unos segundos los majestuosos edificios del Vaticano. Después dirigió su mirada hacia los miles de fieles que llenaban la plaza, pendientes del balcón donde iba a salir el papa. Él era un hombre de

fe, un creyente como los millones de personas en todo el mundo para los que Dios era una realidad. Aunque en su caso, y debido a su trabajo, las dudas lo asaltaban con demasiada frecuencia.

Simon Mountfort tenía cuarenta y cinco años, pertenecía a la CIA y era subdirector adjunto del Departamento de Asuntos No Clasificables. Se dirigía al encuentro del cardenal Sanpietri, de la Secretaría de Estado del Vaticano, y el motivo de su reunión era recabar información y ayuda para un asunto «no clasificable» que lo había llevado desde Langley, Virginia, hasta Roma.

Cruzó la plaza con paso decidido y entró en el palacio del Gobernador. Mientras esperaba ser recibido, contempló con interés los hermosos cuadros colgados en la antesala del despacho del cardenal Sanpietri, todos ellos de motivos religiosos. Se fijó especialmente en uno concreto, una representación de la Última Cena en la que se leía una inscripción en latín, algo así como «La sangre de la vida eterna.» Muy adecuado para la ocasión. Eso lo llevó de nuevo a considerar cómo debía plantear el espinoso problema que lo había conducido hasta allí. Una de las puertas laterales se abrió, interrumpiendo sus pensamientos, y un sacerdote de aspecto impecable se dirigió hacia él con pasos apresurados. Tendría alrededor de unos cincuenta años, y vestía una larga sotana negra. Mountfort pensó que en el corazón de la Iglesia católica aún se guardaban las formas.

—Tenga la bondad de acompañarme —dijo el sacerdote con amabilidad—. El cardenal Sanpietri lo recibirá de inmediato.

A continuación se dirigió hacia una puerta, la abrió y le indicó que entrara.

—Pase, por favor.

El despacho del cardenal, como todo en el Vaticano, era impresionante. La elegante sencillez de la mesa de trabajo, las estanterías repletas de libros perfectamente ordenados y la sobriedad de los sillones contrastaban con los inmensos cortinajes de un color rojo intenso que impedían ver la plaza de San Pedro. A pesar de que eran las doce del mediodía y lucía un sol espléndido, el despacho permanecía sumido en la penumbra, apenas iluminado por una tenue luz artificial.

El cardenal Sanpietri, un hombre de unos sesenta y cinco años, de modales suaves y

mirada en extremo inteligente — como, por otra parte, la de todos los cardenales —, fue al encuentro de Simon Mountfort. Ambos hombres se saludaron afablemente, aunque en sus ojos había un calculador destello valorativo.

—Eminencia, le agradezco enormemente que se haya dignado recibirme con tanta rapidez — dijo Mountfort en un tono que pretendía ser refinado y culto, de acuerdo con la ocasión. Cogió la mano que el cardenal le tendía y besó su anillo.

—Lamento no haber utilizado los canales diplomáticos adecuados — prosiguió —, pero la naturaleza del asunto que me ha traído hasta aquí así lo aconseja.

El cardenal Sanpietri sonrió.

—No se inquiete, señor Mountfort — contestó en perfecto inglés —. Estamos acostumbrados a ello.

Le cogió amablemente de un brazo y lo llevó hasta un rincón del despacho en el que había cuatro sillones dispuestos alrededor de una pequeña mesa.

—Sea lo que sea lo que lo ha traído hasta aquí, no dude de que lo escucharé con la máxima atención.

El cardenal le indicó uno de los sillones mientras Mountfort se situaba en una posición de noventa grados con respecto a él, más apta para el tono cordial y de confesión que la de frente a frente, que siempre produce más inhibición. Un cardenal conoce todos los trucos, y lo que es más importante, nunca los olvida.

—Bien, señor Mountfort — dijo cruzando las manos —.

Dígame en qué podemos ayudarlo.

Mountfort tardó unos segundos en empezar a hablar.

Estaba inquieto, y aunque intentaba disimularlo, no quería demostrar la más mínima inseguridad.

—Eminencia, podría ser que estuviera en situación de intercambiar información sobre un tema un tanto delicado — dijo con aire de misterio.

—Todos los temas que se tratan aquí suelen ser delicados — contestó el cardenal sonriendo levemente.

Mountfort guardó silencio durante unos instantes, luego tomó aliento y finalmente

preguntó:

—¿Qué sabe la Iglesia sobre los vampiros?

Si había temido algún tipo de reacción irónica o de burla por parte del cardenal, se equivocaba. Sanpietri permaneció serio y concentrado.

—¿Le apetece un café?

«Bonita manera de ganar tiempo y pensar la respuesta », se dijo Mountfort.

Era evidente que el cardenal se había sorprendido, y el hecho de no reflejar ningún tipo de emoción sólo debía atribuirse a sus cualidades diplomáticas.

—Sí, gracias —respondió con aplomo, intentando esconder su inseguridad.

El prelado cogió una pequeña campana que descansaba sobre la mesa, la agitó con suavidad y el peculiar sonido inundó la sala. Mountfort sonrió para sus adentros. Nada de intercomunicadores ni artilugios parecidos. ¡Campanas! La tradición era importante. Segundos después, el joven ayudante del cardenal entró en el despacho.

—Por favor, tráiganos dos cafés —pidió el purpurado con amabilidad.

El clérigo hizo una leve reverencia y luego desapareció.

—¿Por qué le interesa a usted la opinión de la Iglesia sobre ese tema? —preguntó entonces Sanpietri mirando a Mountfort con interés—. No parece algo muy en consonancia con las actividades de la CIA.

El interpelado se incorporó levemente y, animado por el hecho de que no le hubieran mostrado la puerta de salida como respuesta a su extraña solicitud, decidió lanzarse a fondo.

—Desde hace algunos años, el número de asesinatos con idéntica liturgia sangrienta ha ido en aumento: cadáveres sin sangre, en muchos casos con el corazón arrancado y parcialmente mordido, además de extrañas heridas en el cuello. Todos esos casos, que podríamos calificar como asesinatos rituales, han ocurrido en diversas partes del mundo, en apariencia sin conexión alguna.

La llegada del sacerdote con los cafés interrumpió momentáneamente la conversación. El ayudante del cardenal dejó la bandeja encima de la mesa y volvió a salir sin decir nada.

—Por favor, señor Mountfort, prosiga —pidió el religioso con evidente interés.

—La Oficina de Análisis de Situaciones ha elaborado un informe, por supuesto teórico, sobre la posibilidad de que esos asesinatos pudieran ser obra de vampiros. Contamos, además, con otras evidencias que indican que dichas criaturas podrían ser algo más que un mito...

Sanpietri sonrió abiertamente.

—Lo que usted dice no implica necesariamente la existencia de esos seres. Podría tratarse simplemente de algún tipo de desviación enfermiza.

Mountfort supo que había dado en el clavo. El tono comedido del cardenal, sus palabras y sobre todo el brillo en sus ojos le indicaron que sentía verdadero interés por el tema. Él, gato viejo de la CIA y superviviente nato de todos los cambios políticos acontecidos a lo largo de su carrera, se preciaba de conocer la naturaleza humana. Miró con atención al cardenal y después de unos segundos de silencio técnico se dispuso a hablar de nuevo.

—En efecto —asintió—. La cuestión es que estamos investigando el asunto y quizá pronto dispongamos de alguna prueba.

—Permítame que lo dude —repuso el cardenal—. De todos modos, no alcanzo a comprender qué tiene que ver el Vaticano en todo eso.

—Ustedes llevan dos mil años recopilando información —replicó Mountfort—.

Nosotros, sólo cincuenta. Si los vampiros existen, en sus archivos debe de haber abundantes datos sobre el tema y, dada la relación que siempre ha existido entre ustedes y nosotros..., sería interesante compartir dicha información.

De nuevo se hizo el silencio y ambos hombres intercambiaron miradas de análisis.

—¿Y por qué a la CIA le interesa este asunto? —preguntó Sanpietri al cabo.

Mountfort meditó la respuesta. Para él, en realidad había desmotivos: uno, personal; el otro, profesional. ¿Qué decir? Finalmente se decidió por una respuesta ambigua.

—Cualquier núcleo de poder interesa a la CIA. Muchos de los casos que he mencionado antes han ocurrido en Estados Unidos, y si los vampiros existen, quizá estemos hablando de seres muy poderosos.

—Es posible —respondió el cardenal—. Sin embargo, lamento decepcionarlo: la Iglesia no tiene nada que decir sobre ese tema.

Nuevamente, unos segundos de silencio técnico. —De momento... —agregó Sanpietri.

Para Mountfort, la respuesta del cardenal no constituyó una sorpresa. En ningún momento había confiado en que en su primera reunión le diesen la llave de sus archivos secretos: las cosas eran como eran. Sabía que en los siguientes días habría movimientos por parte del Vaticano, estaba seguro de ello. El matiz final de la conversación, ese «de momento», indicaba que el juego estaba abierto.

Mountfort sacó entonces un sobre del bolsillo y lo depositó sobre la mesa.

—Espero que esto lo ayude a tomar una decisión.

Para él, la conversación había terminado, y sin esperar la reacción del cardenal se levantó del sillón. Sanpietri permaneció inmóvil durante unos segundos sin apartar la mirada del sobre.

—No ha probado el café —dijo el religioso con suavidad mientras se levantaba.

—Usted tampoco —respondió Mountfort besando el voluminoso anillo en la mano extendida del cardenal.

Sonrió levemente y abandonó el despacho.

Una vez a solas, el rostro de Sanpietri reflejó una gran preocupación. De un bolsillo de su sotana sacó un sobre y lo colocó al lado del que le había entregado Mountfort. Eran exactamente iguales. Papel de buena calidad. Matasellos de Roma.

Lo acontecido en la reunión me lo contó Simon Mountfort.

Imagino que los hechos no ocurrieron exactamente como él explicó. Puedo imaginarlo bastante menos seguro de sí mismo y mucho más apabullado por la presencia del cardenal. Ciertamente Mountfort era un buen profesional, pero en lo tocante a la religión, las cosas eran distintas.